

«Una de las mejores introducciones nunca escritas sobre la memoria del franquismo.» — Stanley Payne, *The Wall Street Journal*

JEREMY TREGLOWN

LA CRIPTA

DE FRANCO

VIAJE
POR LA
MEMORIA
Y LA
CULTURA
DEL
FRANQUISMO



Ariel

JEREMY TREGLOWN
LA CRIPTA
DE FRANCO

**VIAJE POR LA MEMORIA
Y LA CULTURA DEL FRANQUISMO**

Traducción de Joan Andreano Weyland

Ariel

Título original: *Franco's Crypt. Spanish Culture and Memory since 1936*

Publicado originalmente por Farrar, Straus and Giroux

1.ª edición: septiembre de 2014

© 2013, Jeremy Treglown

© 2014, de la traducción Joan Andreano Weyland

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo

y propiedad de la traducción:
© 2014: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1862-2

Depósito legal: B. 14.978 - 2014

Impreso en España por Limpergraf

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Nota a la edición española ix

1. Mala memoria 1

PRIMERA PARTE LUGARES Y VISTAS

2. ¿Las tumbas de quiénes? 13

3. Los pantanos del caimán 37

4. Las criptas de Franco: Monumentos, museos, conmemoraciones 63

5. Las abstracciones del arte 95

SEGUNDA PARTE NARRACIONES E HISTORIAS

6. Las guerras de la historia 133

7. Memorias de la ficción (I): Primera generación de novelas de la guerra y la posguerra españolas 167

8. Las películas de Franco 219

9. Memorias de la ficción (II): Seguir adelante 259

10. Memorias de la ficción (III): Narraciones de los hijos y de los nietos 279

Posfacio 309

Notas 319

Agradecimientos 341

Índice alfabético 343

Mala memoria

Ignacio Ruiz Vara es guardia de seguridad en Málaga, ciudad de la costa al sur de España. Allí creció, lo mismo que su padre y su abuelo. Actualmente hay mucho trabajo para la gente de su oficio, en especial en la vigilancia de segundas residencias y urbanizaciones de veraneo, a las que se añaden los proyectos urbanísticos abandonados «hasta que mejore la economía». Sin embargo, durante algún tiempo las obligaciones de Ignacio fueron otras: en 2007 se ofreció para ayudar a cuidar el cementerio de San Rafael, un solar de algo más de seis hectáreas al oeste de la ciudad. En una época este fue el sitio en el que se enterraba a los pobres, los humildes de Málaga, al principio fuera de la ciudad vieja y bien alejados de ella, en medio de terrenos de labranza que principalmente producían boniatos. En nuestros días, esa zona, que está en el camino al gran aeropuerto turístico, es en parte industrial, en parte viviendas sociales y bloques de pisos. La capillita de una de cuyas esquinas colgaba una lámpara fue demolida cuando se ensanchó la carretera. Gran parte del muro del cementerio original se ha caído y ha sido reemplazado por una alta alambrada provisional. Todavía queda una casa de guardia de un solo piso, que era donde Ignacio tenía su base. Las puertas del cementerio están siempre cerradas.

El motivo por el que Ignacio se ofreció, pero fundamentalmente el motivo por el que el cementerio necesitaba un guardia de seguridad, es que entre los muertos había más de cuatro mil

personas —en su mayoría hombres, pero también mujeres y niños— ejecutadas sin juicio previo entre 1936 y 1955, el período de la guerra civil española y de la primera fase, larga y nefasta, de la dictadura de Francisco Franco. Casi todos estaban en fosas comunes. Ahora se estaban recuperando los huesos, poniéndose en cajas individuales y preparándose para las pruebas del ADN. Nadie sabía cuánto duraría esta tarea, ni siquiera cuántas fosas —para no hablar de cuántos cuerpos— había que encontrar aún. El trabajo estaba organizado de forma muy sistemática bajo la dirección de un experto arqueólogo, Sebastián Fernández. El proyecto, con base local pero relacionado de alguna manera con un programa a nivel nacional, lo pagaban juntamente la ciudad, la comunidad autónoma de Andalucía y la Universidad de Málaga, en la que Fernández dirige la Facultad de Humanidades. «Cuando se terminen todas las exhumaciones», me dijo Ignacio, «la zona se convertirá en un parque. En mitad de ese parque habrá un monumento conmemorativo con los nombres de todos los que se logre identificar.»¹

Desde hace varios años España busca a sus desaparecidos. Están en todas partes, en todas las comunidades autónomas, en todo tipo de terrenos. En muchos casos son los nietos, o los bisnietos, los que han instado a las familias a manifestar lo que sospechan, o saben, o vieron, y han guardado para sí durante décadas. La política ha tenido mucho que ver. Según una ley aprobada en 2007, cuando el PSOE estaba en el poder, cualquiera que aporte pruebas razonables de la existencia de una fosa común tiene derecho a ayudar a excavarla. Los puntos que marcan en el mapa los emplazamientos probables, entre el País Vasco y Andalucía, Castilla-León y Valencia, dan a la península el aspecto de la cara de un niño con varicela.

Uno de los esqueletos de Málaga es el del abuelo paterno de Ignacio, Diego Ruiz Schacht. Ignacio no es supersticioso: dice que no piensa que el espíritu de Diego ronde por el cementerio ni por ningún otro sitio, pero está orgulloso de su abuelo y me ha mostrado una fotografía suya que lleva en el billetero. Diego fue teniente de la Guardia Civil, prodemócrata y bien conocido por su oposición a la corrupción. Dentro de la fuerza había establecido un grupo multipartidista para

vigilar a la policía, y es posible que esta fuera la causa de que lo ejecutasen.

Antes de la eliminación de Diego, la familia ya había visto una serie de cambios. La dictadura militar de Miguel Primo de Rivera, que se había apoderado de España en 1923, cayó siete años más tarde. El rey abdicó y en 1931 se instaló un gobierno elegido democráticamente: el primero en España. Este gobierno se ganó la lealtad de los trabajadores y los intelectuales liberales, pero estaba debilitado por disensiones internas, por cuestionamientos sobre la legitimidad del proceso electoral, por la aparente imposibilidad de resolver las dificultades económicas del país y por el extremismo de una izquierda que alentó a su equivalente de la derecha. Poco después se fundó la Falange, el partido fascista de España, bajo la dirección del carismático José Antonio Primo de Rivera, hijo del anterior dictador. En julio de 1936, Francisco Franco, un soldado de carrera que había obtenido cierta notoriedad en la lucha de los militares por aferrarse al Marruecos «español», tomó parte en una especie de invasión colonial a la inversa, contra su propio país. El levantamiento militar —que se proclamó justificado por la manifiesta incapacidad del gobierno para proteger a sectores de su propia gente, especialmente dentro de la Iglesia— contó con el apoyo de la mayoría de la desproporcionada cantidad de oficiales del ejército y de las clases medias y altas, de casi todos los obispos, aún poderosos, y de la gran mayoría de la población campesina católica de Castilla la Vieja y Galicia. Mientras Gran Bretaña y Francia eludían decidir si iban a respaldar al gobierno español, el golpe de Estado obtuvo apoyo inmediato, incluidas tropas y armas, de Hitler y Mussolini. Stalin se puso del lado republicano. Con frecuencia llamada el ensayo general de la segunda guerra mundial, en realidad la guerra civil española puede muy bien considerarse su primer acto.

Los soldados de Franco eran una mezcla de duros legionarios españoles y mercenarios del norte de África, a los que en la región de Málaga se sumaron rápidamente las tropas rebeldes con base en la península y columnas motorizadas de la Italia fascista con tanques ligeros. Bombardearon el puerto de Málaga desde el aire, lo cañonearon desde el mar y luego lo invadieron

por tierra. La cantidad de bajas de civiles que trataban de escapar horrorizó a los observadores más encallecidos, entre ellos los escritores Arthur Koestler y Franz Borkenau.² Después los rebeldes se dedicaron a «purgar» a los sospechosos de simpatizar con los republicanos —lo mismo que hacían los republicanos con los sospechosos de apoyar a los nacionales, particularmente clérigos, en otras regiones—, purgas que continuaron hasta bien entrada la década de 1940 bajo el célebre fiscal Carlos Arias Navarro, el «carnicero de Málaga». A Diego le llegó el turno en marzo de 1937, cuando le sacaron de su casa que estaba en el centro de la ciudad. En ese momento, su hijo, el padre de Ignacio, tenía siete años y aún no es capaz de hablar de aquel acontecimiento sin llorar, pero Ignacio, de pequeño, oyó muchas veces el episodio de labios de su abuela, que llegó a vivir hasta los noventa y nueve años, y también la oyó del locuaz abuelo de un amigo, que era compañero de Diego en la misma compañía de la Guardia Civil. Suele decirse que se fusilaba a las víctimas contra el muro del cementerio iluminado por la luz de la capilla, pero la opinión de Ignacio es más práctica: «El sitio es muy grande y el camino por el cual llevar a muchos cadáveres es muy largo. Yo creo que a la mayoría los mataron dentro, junto a las tumbas».

Visité el cementerio de San Rafael porque estaba intentando comprender mejor a España, tanto a la actual como a la de 1936. Había viajado por todo el país, en el que vivo durante parte del año en una finca en una montaña remota que a través de los siglos ha contemplado más tiempos malos que buenos. La región y sus habitantes se guardan sus secretos. Al preguntarle sobre acontecimientos de cuando ella era una niña, en los años treinta y cuarenta, una mujer amistosa y habitualmente parlanchina de la granja vecina cambió de expresión y respondió: «No sé». Esto ocurrió un diciembre durante la matanza del cerdo en el patio de la casa, procedimiento que llevan a cabo un par de docenas de familiares y amigos, jóvenes y mayores que, durante el mismo día, convierten con eficiencia al animal, al principio alegre y después ruidosamente indignado, batallador, torpe y aterrorizado, en un metódico conjunto de articulaciones, despojos

y salchichas colgadas. Algo en esta ceremonia me hizo pensar en lo que habría sucedido en sitios como San Rafael en 1936: el orden del proceso, su falta de sentimientos.

Comprender España, sin embargo, no es tanto cuestión de verificar que su cultura ha sido violenta y cruel —lo cual suele decirse, con acierto, de la mayor parte de las culturas, ya sea de un modo o de otro— como de reconocer algunos aspectos más ocultos en los que el país y las regiones (actualmente comunidades autónomas) que lo componen, pese a su integración en Europa y su entusiasta colaboración con ella, siguen siendo distintos. Esto es, en parte, un asunto del siglo xx. Incluso si se dejan de lado los ocho siglos de dominación islámica de parte de España, entre el 711 y el 1492 —período más largo que el transcurrido desde que finalizó esa dominación hasta ahora— y se ignoran las posteriores expulsiones de musulmanes y judíos y la feroz expansión española en América, España aún parece diferente. ¿Será porque la segunda guerra mundial la ganó el bando equivocado? ¿El impacto cultural de la dictadura fue tan fuerte como el del nazismo? ¿Cómo se recuerda y cuáles son sus secuelas?

Mucho después de la muerte de Hitler y Mussolini, el régimen que ellos ayudaron a establecer en España siguió adelante. Cada persona que esté aproximadamente entre los cuarenta y tantos y los setenta y tantos y que haya nacido en España, nació durante el régimen de Franco, la mayoría fueron a la escuela en esa época y prácticamente todos los hombres que hoy tienen más de sesenta sirvieron en sus fuerzas armadas. Los edificios y las infraestructuras son asimismo parte de su legado: él mismo supervisó personalmente la creación de la monstruosa cripta donde ahora está enterrado a la cabeza de muchos de sus soldados, con el parque conmemorativo que la rodea llamado el Valle de los Caídos, y otros edificios públicos grandiosos, así como inmensos bloques de apartamentos municipales que se construyeron en las décadas de 1950 y 1960, se deben a él. También se le debe, aunque de forma más indirecta, el que sobreviva tanto de la antigua arquitectura urbana: aunque durante la guerra civil se bombardearon y cañonearon algunas partes de España, la neutralidad del país entre 1939 y 1945 lo salvó de la destrucción que sufrieron otros países europeos. Mientras tanto, el agua que

riega los campos y sale de los grifos de tu hotel es, nos guste o no, el resultado del programa de construcción de presas del dictador; la electricidad que alumbrá las calles lo es de sus planificaciones hidroeléctricas. Y también existe un legado artístico: pinturas, novelas, películas.

Al explicar que el tema de este libro sería la influencia de Franco en la cultura española, más de uno afirmó riendo que para eso bastaría una tarjeta postal. Esa actitud no es producto únicamente de la ignorancia. Los anglófonos a los que se pidiese que nombraran países colonizados por los estadounidenses y los británicos durante el siglo xx, muy difícilmente nombrarían a España, pero si se les pregunta con qué libro o película asocian la guerra civil española, la respuesta suele ser *Por quién doblan las campanas*, o *Casablanca*, u *Homenaje a Cataluña*. En 1980 Penguin publicó una antología titulada *Spanish Civil War Verse* que, como señaló el poeta y editor mexicano Michael Schmidt, se escribió íntegramente en inglés (y en general no muy bien): «Parece aventurado (...) producir una antología nacional que sea producto de una serie de acontecimientos tan esencialmente internacionales».³ Indudablemente la participación internacional ha sido crucial para la historia española moderna, y el papel que representaron los extranjeros en la guerra civil fue importante y muchas veces honorable. Las historias de aquel período no estarían completas si no se mencionasen, por ejemplo, la muerte de Felicia Browne, pintora inglesa que participó como voluntaria en el bando republicano y murió tiroteada en Aragón durante un intento de volar un tren con municiones de los nacionales, o el apoyo al bando nacional del poeta y corresponsal de guerra sudafricano Roy Campbell. Sin embargo, la guerra de España, o guerra civil española, fue como dice su nombre una guerra propia de España, y últimamente el país ha comenzado a «reivindicar» su historia moderna. Cómo lo hace, y especialmente el complejo papel que desempeña en el proceso el concepto de «memoria histórica», son algunos de los temas de este libro. Algunas novelas, como *Soldados de Salamina* de Javier Cercas y *El corazón helado* de Almudena Grandes, han recordado de maneras diferentes al público internacional que pese a que los angloparlantes utilicen *guerra civil española* como adjetivo compuesto, la

palabra *guerra* es un sustantivo y que se refiere a un hecho, y en este caso los hechos, por difíciles de comprender e interpretar que sean, ejercieron la mayor parte de sus efectos sobre España y los españoles. El escritor Camilo José Cela, ganador del premio Nobel y de talante conservador, lo dijo de manera convincente cuando dedicó uno de sus libros: «A los reclutas de 1937, de los que todos perdieron algo: su vida, su libertad, sus sueños, su esperanza, su decencia. Y no a los aventureros extranjeros, fascistas o marxistas, que se dieron el gusto de matar españoles como si fueran conejos y a quienes nadie había invitado a tomar parte en nuestro funeral».⁴

La novela que introducen estas palabras es una de las muchas grandes obras producidas en España, tanto durante como después de la dictadura, que exploran y plasman lo que fueron la guerra civil y la larga dictadura que la siguió. Pero esas obras fueron prácticamente ignoradas en el extranjero. La gente de otros países tenía sus propias preocupaciones, en especial durante el período de 1939-1945 e inmediatamente después, pero también existía una cierta crítica política, que en la práctica era difícil de distinguir de la censura. Muchos intelectuales españoles a quienes el régimen de Franco ponía en peligro, o que simplemente no se sentían capaces de vivir con él, se exiliaron principalmente a Hispanoamérica y Francia. Sus propias obras, como las de los disidentes de los soviéticos y de Europa del Este, que pronto siguieron a los españoles, atrajeron la atención del extranjero (aunque no se tuvo demasiado en cuenta que los dos grupos escapaban de ideologías totalmente opuestas). En tal situación, cualquier obra realizada por personas que se habían quedado en España se consideró sospechosa, y casi fue imposible de encontrar en otros países. En realidad, hasta la muerte de Franco existió un gobierno republicano en el exilio, con base en México y ampliamente reconocido como el gobierno legítimo de España. Mario Vargas Llosa confesó que cuando era joven, en la década de 1950 en Perú, no leía a ningún escritor español contemporáneo que viviera en la Península Ibérica «por un prejuicio tan extendido por la América Latina de aquellos años como injusto: que todo lo publicado *allá* rezumaba ñoñez, sacristía y franquismo».⁵

Este libro describe parte de lo que se ignoró como consecuencia de la actitud de la que habla Vargas Llosa: al menos toda una biblioteca de libros y películas escritos y rodadas en tiempos de Franco que proporcionan revelaciones íntimas, con frecuencia subversivas, sobre la guerra y lo que vino después. También se verá en este libro cómo algunos funcionarios y mecenas, si bien ideológicamente conservadores, ayudaron activamente a buenos artistas de todo tipo a seguir trabajando como ellos querían. Todo esto formó parte de los cimientos de la «memoria cultural», pero este sentido del término memoria se ha distorsionado en el curso del medio siglo pasado, es decir, aproximadamente el período desde que Pierre Nora publicó los resultados de un proyecto grupal llevado a cabo en Francia con el título *Los lugares de la memoria*. Si bien la idea demostró ser buena, los problemas que conllevó, especialmente en sus formas más diluidas, son múltiples. Comprenden la politización sentimental, el escapismo, la complacencia y la ignorancia, e incluso después de descartar estos, nos quedamos con las preguntas: ¿Olvidar no tiene valor cultural, así como lo tiene psicológico? ¿No es la memoria notablemente poco fiable? ¿Qué pasa con las mutaciones que existen en los cambios de generación? (Recuerdo algo de lo que me contaron mis padres y mis abuelos sobre la segunda guerra mundial, pero cuando yo paso esos recuerdos a mis hijos y nietos, debo dirigirme a sus conocimientos y sus preocupaciones y no a los míos propios. Lo que nos importa a nosotros ha cambiado y sigue cambiando.) Al tratar de identificar qué tiene España de especial, descubrí enseguida que mucho tiene que ver con una obsesión por la «memoria» que está políticamente manipulada y es culturalmente amnésica.

De manera que la cultura y la memoria españolas son un conjunto de fenómenos diversos y en constante evolución. Algunas novelas que se escribieron durante el régimen y sobre él, como algunas películas, no aparecieron hasta después de la muerte del dictador en 1975, acontecimiento que a su vez dio lugar a nuevas narraciones, cada una de ellas con un énfasis nuevo y propio. En la última década del siglo xx y la primera del XXI, una generación que había crecido acostumbrada a la globalización de la gran cultura y a la democracia nacional co-

menzó a hacer excavaciones que comprendían la exhumación literal de fosas comunes, proyecto relacionado con otros similares en muchas partes del mundo. Y todo esto superpuesto a otro fenómeno global: el turismo de masas. Es sobrecogedor pensar que los primeros turistas que llegaron corriendo a la costa sur pasaron por alto las fosas comunes y otras reliquias físicas de la guerra y la dictadura —entre ellas la cripta de Franco en la sierra al norte de Madrid—, turistas que trajeron dinero al empobrecido régimen franquista, cuyas expectativas ayudaron a conformar y suavizar cada vez más su política y del que el país sigue dependiendo para su supervivencia económica.

Mi visita al cementerio de San Rafael fue parte de una serie de vagabundeos inquisitivos que emprendí, algunos de ellos geográficos y otros mentales: leer novelas y relatos españoles, ver películas españolas, contemplar obras de arte españolas y preguntarme qué querían decir. Las confecciones humanas revelan cosas que los que las hacen no tienen el propósito de revelar, como por ejemplo Franco en su novela semiautobiográfica *Raza* y la película basada en ella y en la arquitectura agresiva-defensiva del Valle de los Caídos. También los sistemas políticos, malos o buenos, contienen los elementos de su propia destrucción y sustitución. Hoy, pese a las diversas dificultades sociales y económicas que comparte con la mayor parte de sus aún privilegiadas comunidades, España está gobernada por una democracia parlamentaria razonablemente segura y sensible. En otras palabras, parece igual a otras partes de la Europa occidental, y sin embargo no es así. Su sistema propio surgió en las décadas de 1970 y 1980 de la decisión de que las cosas no debían ser como habían sido durante las tres décadas y media pasadas. La dictadura misma había sido una reacción contra organizaciones anteriores y tuvo algunas consecuencias positivas. Las encuestas de opinión indican un importante nivel de aprobación, en lento descenso, del régimen de Franco.⁶ Esto se ve más entre los mayores que entre los jóvenes, si bien las anécdotas de algunos padres de adolescentes apuntan a que es posible que José Antonio Primo de Rivera estaría comenzando a atraer de una forma

nueva a los jóvenes, pero la democracia consiste en respetar las opiniones de la gente independientemente de su edad, por lo que el argumento de que la generación mayor se educó bajo Franco, aun cuando es cierto, queda compensado por el hecho de que los jóvenes se educaron después de su muerte, en 1975, un punto de inflexión de cuyas implicaciones sus padres y sus abuelos también han tenido tiempo, casi cuarenta años, para acostumbrarse.

La medida en la cual los estudios de la historia y la cultura españolas del siglo xx están polarizados se ha comentado tantas veces que es importante dejar claro que hay excepciones, algunas de las cuales trato aquí. Así y todo, la observación general de Eric Hobsbawm y otros de que «al crear la memoria mundial de la guerra civil española, la pluma, el pincel y la cámara manejados a favor de los derrotados han demostrado ser más poderosos que la espada y el dominio de los vencedores»,⁷ sigue siendo cierta. Para citar solo un ejemplo, una colección de ensayos reciente sobre las consecuencias culturales del franquismo, publicada por una editorial universitaria, comienza con los dos editores reconociendo —¿o quizá jactándose?— que no les interesa oír nada favorable al régimen y que, según dicen, por lo que concierne a la ortodoxia antinacional, su trabajo «parte de una postura decididamente crítica».⁸ No solo es justo sino también gratificante condenar los males pasados desde la seguridad del presente, pero teniendo en cuenta lo que se ha hecho y se hace aún en nombre de la democracia occidental hay un tanto de hipocresía en este proceso, por lo que aprenderemos más si tratamos de comprender el pasado con sensibilidad, por malo que haya sido, que si nos limitamos a escribir lo que creemos que sabemos desde nuestro propio punto de vista moral. Son muchas las personas que tienen razón al recordar las cosas negativas de la guerra civil y de la dictadura: para ellos Franco es un mal recuerdo, como una pesadilla. Pero «mala memoria» también significa olvido y falsedad. Cuando los que hacen campaña a favor de la memoria histórica acusan de olvido o amnesia a sus opositores y críticos, ellos mismos olvidan con frecuencia, o pasan por alto, o sencillamente ignoran los ricos sedimentos históricos de su propia cultura que ahora son mi objetivo.